

Víctor F. Freixanes

## Caballo de Oros

Traducción del gallego de  
Xosé Antonio López Silva  
y Víctor F. Freixanes



**Siruela Nuevos Tiempos**

Para Fina y Mariano, hermanos.

Para el señor Benigno, *in memoriam*.

Para los que se quedaron al otro lado del silencio.

O negocio é amor  
O resto é conversa fiada  
Amanhã a gente morre  
Da terra não leva nada.

Joãquino da Pecadora

*Tantum interest, non qualia, sed qualis quisque patiatur. Nam  
pari motu exagitatum et exhalat horribiliter caenum  
et suaviter fragrat unguentum.*

Agustín de Hipona, *De civitate Dei*

Para hablar del infierno, mi querido amigo, hay que  
contentarse con símbolos, porque en el infierno termina todo,  
no sólo la palabra definidora, sino todo, absolutamente todo.

Thomas Mann, *Doktor Faustus*

## Quintín de Borela. Tiempo de afinación y fuga

Esto es un cantar de ciego. Le he dado muchas vueltas a cómo afrontar el relato y ordenar los hechos, no exactamente lineales sino bastante complejos; la voz del narrador, por ejemplo, que ha de ser capaz de dar cuenta del recado y encontrar el punto justo del compás, el aliento y sus derivadas, para que la historia consiga la atmósfera necesaria, eso que llamamos credibilidad, que está hecha de palabras, pero también de silencios, alusiones, acordes afinados, ocultamientos. Le he dado vueltas y no consigo encontrar género que mejor encaje. Cantar de ciego. Seguro que le habría gustado al de las Viñas entrarle por lo derecho, armar su tinglado en la plaza, afinando el violín, dejando que el lazarillo anotara con el puntero el discurso de las estampas. O al viejo Quintín... Supongo que debo empezar por éste. En cierta manera le debo la presente historia. Sólo en cierta manera, pues la historia andaba suelta, como garañón de montaña, y no había más que saber echarle el lazo. Quintín de Borela estaba allí para hacerlo, o para ponerla ante nosotros, no lo sé. Las primeras artes son suyas. Cuando lo conocí, en tierras de Carballedo, venía ya de retirada. Vivía de alquilar su oficio en los entierros, ensalzando méritos de difuntos, él, que en otro tiempo había cantado las más grandes hazañas, mundos que se han perdido para siempre (y que a nadie le interesa ahora recordar). Al Ciego de las Viñas lo dejé hace años extraviado en las playas, perdido en el Mar de los Espejos, detrás de la memoria de aquel heroico don Bartolomé Mariño, el más grande de los vilanoveses. Lo recuperé después, en un

relato de saudades diferentes: maestro de escuela y muchacha enamorada, que acaso en parte tenga algo que ver con lo que en la presente se cuenta. Por aquel entonces andaba cantando la historia del príncipe Roldán, paladín de Francia, que ganó la gloria, aunque dejó la vida, en la plaza de Zaragoza en los días terribles de la morería. Hubo un tiempo en que el mundo creía en estos relatos, historias ejemplarizantes, bastante antes de que don Aníbal Salazar, el Maragato, plantase el primer televisor en el escaparate de los Castellanos para admiración de autóctonos y visitantes. Quintín de Borela, que no era ciego, pero que durante un tiempo vivió también de cantar historias por las ferias, era de Borela, como cabe deducir, aldea de las tierras de Cotobade, en el antiguo reino de Galicia, donde corre el río Almofoi al pie de la Peña Moa. Siendo yo un chavalote, le anunciaron a mi madre que había muerto un vecino en aquella parte del mundo, y allá nos fuimos con ella mi hermano y yo, en una noche de tronada, atravesando el barrizal, con el agua desatada a nuestro alrededor, mientras alumbrábamos con una linterna el camino de macadán hasta la casa del finado, que parece que tenía algo que ver con la familia, de los días del abuelo Mariano, cuando puso escuela por aquellas lejanías. En la casa había dos cuartos: la cocina, con una gran mesa corrida alrededor de la bilbaína, donde se sentaban los viejos patrones; y una segunda habitación a la que se accedía por una puerta que daba también al pasillo, donde tenían al difunto, acostado en el ataúd, con la gorra entre las manos y la barbilla erguida, como dicen que se retrataba a los generales en las monedas y en los cuadros antiguos. Fue lo que más llamó mi atención: la barbilla recia, dura de afeitar, y la sotana. Recuerdo que mi madre hizo algún comentario en voz baja a las mujeres respecto a la sotana, comentario que entonces no supe interpretar. Pero la imagen se me quedó grabada, y todavía hoy, si cierro los ojos, la veo, a pesar de los años que han pasado desde entonces: el muerto estirado en la caja, tieso como el palo de una escoba, enjuto de cara, cuatro velones alrededor del féretro y la boina cogida entre las manos, unas manos fuertes pero también finas, de dedos largos y bien torneados. Los hombres entraban a echar un vistazo, se paraban ante el ataúd, y de allí a poco, una vez cumpli-

do el trámite, se instalaban en la cocina, en torno a la bilbaína. Las mujeres no. Las mujeres se quedaban a rezar el rosario, mi madre entre ellas. Llovía a cántaros. El agua azotaba los árboles. No paraba de llegar gente. Preguntó una voz: «¿No viene el señor Quintín?». Nosotros no habíamos oído nunca de tal autoridad, pero parecía importante su presencia por lo mucho que la requerían. Las sobrinas del difunto –en el suponer de que fuesen sobrinas, que no lo sé, estos detalles tampoco importan demasiado, algunas caridades próximas a la familia en cualquier caso– servían tazas de caldo y copas de aguardiente. Reparé de entre todas ellas en una más singular. Andaría por el medio siglo. Me pareció distinta. Cuerpo espigado, aunque sin arrogancia, un poco retirada del grupo. A la hermosura de antaño, que conservaba, se le sumaba la belleza serena de las primeras otoñadas. Siempre me han gustado las señoras mayores, más que las princesitas. Tal vez por eso la recuerdo tan bien. No parecía del lugar. Incluso me atrevería a decir que venía de lejos, y que estaba de paso. Aunque había en ella algo diferente, que lo había, las otras no la evitaban, más bien la trataban como de la casa o, cuando menos, con la misma confianza. Luego supe que le decían la Americana. Así, la Americana. Se lo oí decir a mi madre cuando hablaba con mis tías. La Americana. Se fueron animando las conversaciones con el licor café, al arrimo de la cocina, y ya metidos en noche cerrada anunciaron al fin la visita del de Borela, bien trajeado, con las trazas de la gente de la montaña, chaqueta de pana forrada de las que por entonces gastaban todavía los tratantes, camisa blanca abotonada hasta el cuello, sin corbata. Le calculé unos ochenta años, aunque tal vez pudieran ser más. Se conservaba bien, firme como un poste, pero se le notaba la edad. Se sacudió la lluvia, y se quitó la gorra de la cabeza para saludar. Entró a visitar al finado y permaneció durante un buen rato con él en el cuarto, retirado de las mujeres, mirándolo fijamente, como si lo escrutase. Fue un buen rato, lo recuerdo bien. La gente se apartó para dejarlos estar: el muerto en la caja y el visitante. Finalizada la cortesía, el viejo Quintín se acomodó en la cocina, junto al fuego, igual que el resto de los hombres, y enseguida le sirvieron sin que tuviese que pedirlo. Entonces empezó a contar his-

torias. Eran relatos de fiesta, de fantasía, también de amores, de los tiempos de la guerra, cuando la de Teruel, aquella retirada de los ejércitos del Caudillo desde Valencia a Coruña, después de la Victoria, acompañando la artillería pesada en un tren que cruzó media España de punta a punta, y aquel otro suceso terrible del lobo que se le había aparecido en medio de un tojal cuando regresaba de los Milagros de Amil... Pronto nos dimos cuenta de que en todos los casos, de una forma o de otra, el protagonista de los relatos era el finado, de cuerpo presente en el cuarto vecino. Cuanto más aguardiente corría, más grande era la alabanza al difunto, ejemplo de todas las virtudes, capitán de todas las cruzadas, príncipe de todas las romerías. Quintín de Borela era un profesional. Lo supe después. Su oficio, que en otro tiempo había sido el de rimar historias, se centraba por aquel entonces, ya en horas de decadencia, en consolar velatorios. Las historias eran las mismas, estuviese en casa de quien estuviese. Lo único que cambiaba era el nombre de la persona principal. Todos sabían que era así, pero lo consentían, homenaje póstumo, definitiva despedida por los días que fueron y por los que ya nunca más volverían a ser. Fue allí donde escuché por primera vez la historia de las tres noches del Pasamundos. Tal vez no con tantos detalles ni con tanta información como la que en la presente se anota; ninguno de los que allí estaban tenía las fuentes tan vivas, salvo la memoria, que es selectiva y traidora, mucho más si es memoria del común, que anda de boca en boca, cuando no de generación en generación, levantada de uñas como fiera de monte, pero el relato que el lector tendrá ocasión de seguir en las siguientes páginas, si tiene voluntad de continuarlas, lo escuché entero por primera vez allí, en el velatorio de la Camposa –que tal era el nombre del lugar–, aunque tendrían que pasar algunos años hasta que me decidiese a ponerlo por escrito. Digo entero y tal vez no acierte a explicarlo bien. El relato, aunque a jirones y algo deshilachado, venía de antes. La historia de la partida de cartas en la posada de la montaña, con sus nombres y sus protagonistas, con sus furias y su cataclismo, bullía en la música popular, andaba en el cantar de las gentes, quiero decir. Pero como en los romances viejos, lo que entonces podíamos entrever, la noticia de

los hechos narrados, era más bien una masa inconexa, transmitida a retazos, no siempre fácil de manejar. Transcurrió algún tiempo hasta que conseguí ir encajando las piezas. Pero la primera vez que sentí el relato real y verdadero, alzado como un gigante, no como una invención o una fantasía, fue en el velatorio de la Camposa, en boca del viejo Quintín, el contador de historias. No era embuste ni desvarío. El de Borela sabía de lo que hablaba, y los que escuchaban, también. Los acontecimientos que aquí se narran ocurrieron de cierto: comprobados y documentados. Nada de lo que a continuación se cuenta es invención, excepto los adornos del caso y unos pocos nombres cambiados. En los días de mi infancia, se ponían los ciegos a cantar historias en la plaza de Varela o a la entrada del Campo de la Feria, el día primero y el día 15 de cada mes, acompañados de un chiquillo o de una muchacha, que vendían los cantares en papel de color, octosílabos romanceados según la tradición, a real el folleto, moneda corriente en aquellos tiempos. Siendo yo estudiante en Compostela, hacia el final de la década de los sesenta del pasado siglo, todavía se podían ver algunos en la puerta de la Ferradura, al pie de Santa Susana. Historias terribles. Crímenes y casos semejantes en boca de los juglares, que nos impresionaban mucho. Quintín de Borela era uno de ellos, por más que aquella noche su oficio lo ejerciese en territorio privado, para honra o memoria del difunto. Allí escuché también, entre los relatos varios que se fueron trenzando, enredados unos con otros como ramos de cerezas, la historia de Matías de Amaral y de las tres Marías, el relato de Benitiño Silva, los días gloriosos del mineral, la fantasía del wolfram, que tanto capital hizo correr por estas tierras, levantando fuegos aquí y allá hasta incendiarlo todo... La Carta del Fin del Mundo no. La Carta del Fin del Mundo es una historia de la tía Encarnación, pero me pareció que venía al caso, pues agitó mucho a los vilanoveses de aquellos días, principalmente los de la memoria del mar, como todo lo que tenía relación con Fuco Fariña. Tampoco la leyenda del moro de Mourente, aunque es de las mismas tierras. Unas y otras están unidas entre sí, al igual que los vasos comunicantes de los que nos hablaba don Luis en la escuela primaria. De la Banda del Río ya por entonces no

quedaba nada. Donde estaban las humildes casuchas del barrio de la Seca, levantaron las nuevas casas de la Sindical. No del sindicato, de la Sindical, que era el modelo de los nuevos amos. Mucho dinero metió el Serrano en ese negocio, sobre todo en los solares, al parecer de la mano del que llamaban don Floro, patricio benefactor. Las casuchas de la Junquera fueron quedando en ruinas cuando echaron a la gente, pero los vilanoveses se acordaban de ellas. ¿Cómo no iban a acordarse? Igual que de los barrancos de la Gaiosa, con su riqueza saliendo de las entrañas de la tierra. Mi padre hablaba de aquellos pozos como de un profundo misterio, y alguna vez, cuando éramos unos chiquillos, llegamos a acercarnos a ellos, mirándolos desde lejos, un sábado de excursión, pero ya todo eran zarzales. Del viejo de Amaral algo pude saber más tarde, como se ha de ver. Mi padre y el tío Moncho se dedicaban entonces a la construcción, arremiándose a lo que podían. El lector debe tener claro el mundo en el que nos instalamos. El relato es una música. También un río, y un viento, con la lluvia golpeando en los cristales, el trueno rugiendo en las vigas del corral y en los pajares. El relato es la memoria de lo que somos, agonía que se desliza como el Gato Miserias entre las botellas, por entre el limo y la cacharrería, para acabar fluyendo entre los restos del naufragio. Hace tiempo que el Gato Miserias no caza ratones. En realidad no llegó a cazarlos nunca, jamás fue murador. El Gato Miserias, igual que la memoria, se alimenta de agonías, y, si acaso, de las raspas que la señora Antonia arrojaba al otro lado del vertedero, purín de la misericordia. ¿De qué parte está el narrador? O, si no de qué parte, que quizá no haya que pedirle tanto, ¿qué postura debe adoptar respecto a la veracidad de los acontecimientos que en la presente se tratan? Son hechos probados, como he dicho. Probados y confirmados. De esto puedo dar fe. Probados en los estantes y en las crónicas, en los cartapacios y en los atestados, en el testimonio de los que tal vivieron –todavía quedan algunos para contarlos– y en los archivos públicos y privados, incluidos los de la Gobernación de la provincia. Años después, metido ya en otras faenas, volví a tener ocasión de recuperar la historia. En parte por un casual, en el caso de que las casualidades existan. También puedo pre-

guntarme por qué de entre los recuerdos de mi primera juventud dejó una huella tan fuerte la figura del señor Quintín sentado junto a la bilbaína aquella noche de lluvia, mi hermano y yo sosteniendo la linterna para no meter el pie en los charcos, la historia del Pasamundos, los días desordenados del wolfram, la presencia misteriosa de la Americana... Eran cosas de las que nunca se hablaba en casa. Cuando las supimos, las supimos por fuera, porque flotaban en el aire, no porque nadie hablase de ellas. «Hubo un tiempo en que el mundo era un infierno», le oí decir un día a la tía Encarnación, casi murmurando para sí, cuando ya los sobrinos empezábamos a volar fuera del nido, «y nosotros nos acostumbramos a vivir en el infierno, braceando entre las llamas». El tío Antonio, a quien yo no llegué a conocer, murió en Venezuela. Algunos lograron escapar, los que tuvieron más suerte, o más arrestos para hacerlo. El principal mérito que se contaba del tío Antonio era su condición de autoridad señalada del Sindicato de Músicos. Por aquel entonces, en Vilanova de Alba, antigua capital de las rías, había dos frentes sindicales, organizaciones de base, podríamos decir: los marineros y los músicos, y no se me pregunte por qué éstos y no otros habiendo tanta diversidad de oficios. Era la tradición. Otros sindicatos, que también los había, venían de fuera, de Vigo y de Pontevedra principalmente. Los sindicatos vilanoveses eran estos dos. De la gente de mar algo sabemos, por más que entonces anduviese ya bastante decaída, con la memoria extraviada en los viejos escudos de la Casa de Santa Cruz, prácticamente en la ruina, los antiguos galeones pudriéndose en las junqueras. Fuco Fariña, que procedía de la Banda del Río, era su capitán, cuando menos el más conocido. Le apodaban el Anticristo. El Sindicato de Músicos, que se reunía en la Casa de los Catalanes, vinculado a las corrientes laicas del libre pensamiento, pastoreaba su oficio por toda la costa, incluidas algunas poblaciones de Portugal, hasta Caminha y Viana do Castelo, y en eso andaba metido el tío Antonio. El tío Antonio y el tío Saturno. Cuando en julio del 36 se levantó la que se levantó, vinieron a por todos. Tío Saturno, que militaba en el Socorro Rojo, pasó un montón de tiempo en la cárcel. Dicen que hacía trajes de paño fino sentado en un portal de la plaza de la Galera:

trajes que le pedían de encargo los de Olmedo o los del Corte de París. Se había casado con una muchacha de las junqueras, tía Amadora. Pero después dijeron que allí tenía escondida la propaganda, que se la pasaban desde los barcos de Vigo, y se acabaron los encargos de la sastrería. Igual que se acabó lo de abuela Elvira cuando le cerraron la tienda: una tabernuca de cuatro pasos en la que vendía pan, molletes, bollos y otras menudencias, delante del convento de Santa Clara, y en la que la señora Antonia, por cierto, la de la Gaiosa, paraba el carrito de las calderetas cuando venía a repartir la leche por las casas de la villa. Le cerraron la tienda los falangistas, los amigos de don Floro, después de arrancarle el hijo de las entrañas, tío Joaquín, la noche terrible del 29 de agosto del 36. Cuando se llevaron preso al tío Saturno, al parecer le pusieron delante la fotografía del hermano, que estaba también en el sindicato y era el mayor de todos. Los más jóvenes eran mi padre y tío Moncho. Le pusieron el retrato delante de los ojos, ya bien tundido que estaba el nazareno, y le dijeron: «No hay sitio en este mundo para la estirpe de Caín. Deberíais saberlo tú y los de vuestra ralea. Estamos aquí para purgar la tierra de la mala peste y no vamos a parar hasta haberla arrancado de raíz». Así dijeron. Mi padre y tío Moncho doblaron la cerviz. Si no llega a ser por ellos, no estaríamos nosotros en este mundo. Tío Saturno quedó cojo. Arrastraba una pierna por las calles, que fue la marca que le dejaron después de salir de presidio. Eran historias terribles. Pero en casa nunca se hablaba de ellas, ya digo, mucho menos delante de los niños. En cierta manera, el silencio nos protegía como una losa, como una muralla, para impedir que supiésemos qué había detrás, los días feroces que les había tocado vivir a ellos, los mayores, y que no querían que nosotros llegásemos a conocer. Recuerdo a mi padre sentado a la mesa del comedor, con mi tío Moncho, haciendo las cuentas que malamente nos permitirían llegar a fin de mes, porque cuando había, había, y cuando no había, no había. El abuelo Mariano bajaba los viernes desde la Camposa en bicicleta. Poco a poco, Vilanova de Alba, nuestra pequeña patria, fue apagándose como una vela. Esta historia es de aquellos tiempos, últimos restos de la memoria recuperada parcialmente años después,

cuando los niños nos hicimos mayores y empezamos a preguntar cosas para las que no siempre había respuestas. En parte porque ya tampoco ellos las tenían. Mejor no mirar atrás. Cuando quise ir junto a Quintín, el viejo contador de historias ya había muerto. Di con una hija suya, la única que tenía, que me miró como quien mira a un fantasma. «¿Sabe quién soy?», le pregunté. Se le encendió la mirada. «¡No voy a saberlo! Tú eres de la casa del Rouco.» Nos decían así, de la casa del Rouco, cuando el mundo era entonces de otra manera, y ella, la hija de Quintín, lo recordaba. Igual que recordaba cuando andaba con su padre de casa en casa los días de fiesta, cargando con el acordeón: el viejo delante y ella detrás, con el artefacto de las músicas a la espalda, una chiquilla. «¡Cómo no voy a acordarme!» Quintín llamaba a las puertas y anunciaba las noticias: «Buenos días tenga el señor Ramón en el día de su onomástica. ¡Buenos días para el señor Manuel y la señora Aurora que vienen de casar a su hija! ¡Buen día para la gente toda en el día grande del Patrón!». En una libretilla que traía siempre consigo llevaba cuenta detallada de cumpleaños y celebraciones, bodas y bautizos, reuniones y romerías. Los entierros no. Los entierros son otra cosa. Los entierros no se anuncian, no tienen fecha, se gobiernan por otras leyes, cuando no caen sobre uno como mazazos. Pero las fiestas sí. Las fiestas y los cantares, plantados los dos en medio del campo de la feria, ella y su padre. La gente les abría la puerta y dejaba que el viejo tocase, con todo aquel barullo a su alrededor, para dejar luego dos petetas en el plato de la chiquilla. De eso se acordaba la hija de Quintín cuando fui a verla. Pero de poco más. Por la manera en que me miraba, me di cuenta de que ya estaba en otras historias. «Aquel mundo se acabó.» Volvió a sonreír y, al cabo de un rato, balanceó la cabeza y añadió: «No levantabas dos palmos y mira qué grande y qué mayor te has hecho». Me miraba y no me veía, castigada por el peso del acordeón. Pero esto ya fue después, bastante tiempo después, cuando me dio por seguir los pasos de aquella noche del velatorio: la memoria de don Ramiro, Siete al Caballo, como también le decían, capitán de los vilanoveses en el trance heroico del Pozo de la Señora; la historia de la niña Rosaura y de Pancho Cibrán, el muchachote de

Amaral; el licenciado Lobeiras, pobre desgraciado; el Herrero de Lombados, aquel cabrón de la Leonesa, y los saraos de la Bella Romana, con las viejas pilas de salazón abarrotadas de champán, y las finuras de la Portuguesa, la casa llena de gente, espoleados todos por la hartura del mineral, la última locura... Pasan ante nosotros las máscaras con sus nombres, sus figuras y sus representaciones, como pasa una secreta procesión de fantasmas; apenas son sombras, pero viven en el cantar, que es la música de la memoria. Luego de aquello, todo se acabó. Las casas fueron cerrándose, y ahora, después de tanto tiempo, no queda nada. «Mejor dejarlo ir», insistía la de Quintín. De esto trata la presente historia, este cantar, con el viejo sentado a la mesa de la cocina de la Camposa, junto a la bilbaína. Sería cosa de escucharlos: a él o al ciego de las Viñas, dondequiera que ande extraviado, afinando su violín, con el lazarillo moviendo el puntero frente al tinglado de las estampas. En parte, esta historia es de ellos. Pero no están. Se fueron, igual que se fueron todos, como también nos iremos nosotros, arrastrados por el viento. Vilanova de Alba se desvaneció lentamente y nunca más hemos vuelto sobre los viejos pasos. En realidad dejó de existir a mediados del pasado siglo. Encaja con los acontecimientos que aquí se narran. Mi padre levantó el campamento y nos marchamos todos a la capital. Es entonces cuando podemos decir que aquel mundo empieza a dejar de aparecer en los mapas, olvidado de Dios y olvidado de las humanas criaturas, hasta acabar perdiendo toda noticia. Ni la historia, ni la memoria, ni los papeles que quedan en los archivos consiguieron mantenerla viva. No consiguieron mantenerla viva porque a las ciudades, al igual que a las patrias, no las sostienen las crónicas ni la memoria ni los papeles, sino la voluntad de los hombres y las mujeres que las habitan, y los vilanoveses perdieron un día la voluntad de vivir, despacharon sus haberes, levantaron los muebles, aquellos que podían tener algún interés, y cerraron las puertas para siempre. Así fue el final, sin estrépito, sin titulares en los periódicos, sin un mal gesto, como esas casas que se cierran, extinguido el último aliento, tras cubrir con sábanas de sudario las viejas estancias. Los últimos vilanoveses, que por ahí andan y seguro que al lector o lectora inteligente no les será

difícil reconocer, no se esconden ni tienen vergüenza de ser lo que fueron. Asumen su condición. Fue un abandono consciente, renuncia radical podríamos decir, sin melancolía, con la cabeza fría y la conciencia del camino andado, sin torcerle la cara al diagnóstico que les anunció el final y que en gran medida ellos mismos labraron. Disimule el lector los defectos y los silencios, acomódese en medio de la plaza y disponga el ánimo para lo que a continuación se narra. Nada es invención. Nada es producto de la fantasía.

**Caballo de Oros.  
Cantar de ciego para supervivientes,  
banda sinfónica y pólvora**

En Vilanova de Alba, antiguo reino de Galicia,  
hoy sin reyes ni memoria de que tal hubiese,  
sucedieron los hechos que a continuación se relatan  
hacia finales de la década de los cuarenta  
y primeros años cincuenta del pasado siglo,  
días de grandísima calamidad